



Proyecto Ein Karem

Archidiócesis de Toledo

ELIZABETH ANSCOMBE (1919-2001)

Gertrude Elizabeth Margaret Anscombe nació en Irlanda en 1919 donde su familia se había trasladado temporalmente por motivos laborales de su padre. Elizabeth y sus padres, ambos dedicados a la enseñanza, regresaron a Inglaterra donde la joven se graduó en 1937 en el instituto Sydenham. En aquella época se convirtió al cristianismo, fe que defendería con intensidad y cuyos dictados aplicaría a su propia vida.



Elizabeth continuó sus estudios en el Saint Hugh's

College de Oxford, en el que estudió filosofía y se graduó con honores en 1941. Ese mismo año se casó con Peter Geach, un filósofo tres años mayor que ella con quien compartiría toda una vida de pensamiento filosófico y con quien tendría siete hijos, tres chicos y cuatro chicas.

Después de graduarse pasó un año en Saint Hugh's investigando, hasta que se

trasladó al Newnham College de Cambridge donde había conseguido una beca de investigación. Fue allí donde conoció en 1942 al filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein cuyo pensamiento atrapó para siempre a la joven filósofa. Convertida en una de sus discípulas incondicionales, Wittgenstein alabó también el talento de Anscombe. Ambos defendían el ideal filosófico basado en la búsqueda de la verdad. Anscombe afirmaba con rotundidad que Dios es verdad y que la relación entre la humanidad con Él era una filiación ancestral que no se podía negar.

Wittgenstein, pocos años después, enfermo ya de cáncer, se trasladaría a vivir durante varios meses a la casa de Anscombe y Geach en Oxford: se sentía incapaz de escribir y de vivir solo, pero todavía capaz de hablar de filosofía. A Elizabeth



Anscombe iban dirigidas aquellas famosas palabras de Wittgenstein poco antes de morir: “¡Eliza, yo siempre he amado la verdad!”.

Tras la muerte de Wittgenstein, Anscombe se dedicó a preservar su legado filosófico y a traducirlo del alemán al inglés de manera que ayudó a difundir su figura y su pensamiento.

El pensamiento de Elizabeth Anscombe no se refugió en las estanterías de las universidades, sino que lo mostró al mundo y fue su herramienta para abordar algunos temas controvertidos de la sociedad.

En 1956 no dudó en posicionarse en contra de la decisión tomada por la Universidad de Oxford de otorgar el doctorado honoris causa a Harry S. Truman, presidente de los Estados Unidos entre 1945 y 1953. Según Anscombe, Truman no merecía tal reconocimiento porque había sido el responsable del lanzamiento de las dos bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945. Anscombe rechazaba la decisión de matar a inocentes para alcanzar un objetivo mayor, ganar la guerra. Para ella era, simplemente un asesinato en masa.

Anscombe reflexionó sobre aspectos controvertidos relacionados con la sexualidad, la eutanasia, y no dudó en oponerse públicamente al aborto y a ciertas formas de anticoncepción. Defendía la castidad y la preservación de toda vida humana. Incluso fue arrestada en dos ocasiones por haber protestado en el exterior de un abortorio británico.

Elizabeth Anscombe ocupó la cátedra de filosofía de Cambridge en 1970 hasta que

se retiró en 1986. Viajó mucho, dando clases y conferencias en numerosos países europeos y americanos. En España visitó muy frecuentemente durante los setenta y ochenta la Universidad de Navarra, que le confirió el grado de Doctor honoris causa en enero de 1989. En ese mismo año, en el que sería su último viaje a España, tomó parte en el Simposio sobre Wittgenstein organizado por Josep-Maria Terricabras en Girona.

También fue miembro honorario de la Academia Americana de las Artes y las Ciencias.

Los últimos años de su vida sufrió un accidente de coche que pudo resultar mortal, y su corazón fue apagándose poco a poco hasta que falleció en enero de 2001 siendo una anciana de ochenta y un años rodeada del cariño de su marido y sus hijos.

La vida de la profesora Anscombe, llena de resultados académicos, está también cuajada de anécdotas simpáticas. En su obituario en The Guardian, Jane O'Grady recordaba cómo en una ocasión en Chicago, al ser asaltada en la calle por un ladrón, ella le increpó diciendo que esa no era manera de tratar a un visitante. Enseguida comenzaron a charlar y el atracador terminó acompañándola hasta su hotel mientras la reconvenía por circular sola por una zona tan peligrosa de la ciudad. La anécdota es bien significativa, y muestra no sólo el fino corazón de una filósofa, sino también su convicción en la capacidad de la palabra para lograr una verdadera comunicación.

Esperanza Gómez-Menor